

EDMOND BARBOUTIN, *Sens ou non-sens de l'homme?*, Ed. Paris, Paris 2001, 254 pp. ISBN: 2-85162-027-4.

Filósofo, teólogo y sacerdote, E. Barboutin nos ofrece la tercera entrega de su empeño por explicar lo humano en su ser más profundo. Después de *Humanidad del hombre*, análisis fenomenológico, y de *Humanidad de Dios* en perspectiva teológica, ¿*Sentido o sin-sentido del hombre?* Es una reflexión metafísica que gira constantemente en torno a cuestiones que de algún modo el autor impone al hombre buscador de sentido desde el ámbito del pensamiento. Como el título, las cientos de preguntas que aparecen en el texto, sirven de hilo conductor y casi podemos decir que insinúan por sí mismas la respuesta. Por ejemplo: *después de la caída del racionalismo, ¿hace falta afirmar que el sentido racional y el sentido existencial evolucionan en sentido inverso el uno del otro? ... ¿Se puede acceder a la realidad profunda del hombre considerándolo creador de sentido?...*

Convencido de que el ámbito del sentido es el universo específico del hombre, E. Barboutin va a crear un recorrido compuesto de lo que él llama «circuitos hermenéuticos»

El primero nos sitúa ante las categorías tiempo-eternidad permitiéndonos dar un paseo por *el tiempo y el espacio*, concediéndonos contemplar la batalla permanente del hombre «condenado» a una existencia encarnada frente a estas dos categorías. Esta aparente atadura es liberada en la capacidad del pensamiento geométrico respecto al espacio, y en la posibilidad de viajar al infinito del espíritu humano respecto al tiempo.

El segundo circuito nos introduce en las funciones de expresión y de comunicación, haciendo un estudio muy sugerente sobre la supremacía de la palabra respecto al gesto, dado que este último está marcado por el peso de la materia. Y todavía da un paso más al afirmar cómo la palabra interior, no formulada, abarca más que la palabra dicha. La palabra deviene un *gesto audible* y el gesto una *palabra visible*.

Es un momento importante del recorrido la cuestión: *¿dónde empieza el hombre?* El hombre empieza en la *presencia*, presencia que es epifánica por ser presencia *hacia* o *a* una existencia diversa a la propia. El sujeto siempre está ahí, indivisible, formando parte del orden de los fenómenos pero también trascendiéndolos: se afirma la presencia en el hombre de un principio de identidad que da a cada uno su ser, su sentido más personal: el alma. Situados en esta óptica, no queda ni una mísera brecha para la división alma / cuerpo: mi mano es rechazo o acogida, amor o desamor. Un intercambio de miradas puede devenir una experiencia metafísica. El cuerpo sostiene cada segundo el ejercicio del espíritu. Toda la economía sacramental cristiana lo confirma.

El tercer circuito matiza aún más el anterior introduciéndose en el sistema de signos. Es el momento en el que el autor hace una crítica, que retomará en diversas ocasiones, acerca del *análisis* negándole la supremacía de la ciencia. El sentido sólo es dado en la totalidad. Es más, el sentido está en potencia en el lector de un texto. La expresión lingüística deviene un ámbito de reflexión necesitado de articular la finitud y la ilimitud. Todo lo que pienso no siempre encuentra palabras y decir, es una creación continua, imprevisible. La lingüística implica la metafísica: no sólo gracias al cerebro comprendemos lo escrito hace mil años. Es necesaria la conciencia encarnada, así como el signo mediador del conocimiento, de la acción, y por eso el signo por excelencia va a ser el cuerpo, lugar originario de todo signo.

El cuarto circuito, más extenso, se adentra en la relación de el hombre y el mundo. Por un doble movimiento inconsciente, *Yo* me inscribo en el *universo* y de vuelta me lo incorporo. ¿Cómo? Gracias a diversos *saberes*: el saber empírico, saber racional del universo, sentido cuantificado, sentido contingente, inacabado, sentido razonado del hombre.

Ningún sabio podrá «decir» al hombre todo entero. El lugar de la libertad alberga una presencia misteriosa e inalienable. Encontrar el lugar del hombre en el universo ha llevado a diferentes empiristas y positivistas como Hume o el Círculo de Viena a enunciar el sin sentido de la metafísica a afirmar el *agnosticismo semántico*. E. Barbutin nos va a explicar muy lucidamente que no se trata de exclusiones. El niño, sólo gracias a su despertar intelectual y a sus conocimientos empíricos, puede lanzarse a cuestionamientos metafísicos ante la impotencia de un fenómeno para decir todo sobre sí mismo. De hecho actualmente hay muchos científicos y eruditos que por un salto epistemológico introducen cuestiones nuevas, acceden a otro orden de reflexión. Son los que se encuentran, por un lado, frente a un relativismo omnipresente y también frente al sentido de la *Verdad* necesitando dar una respuesta. La Verdad es la conformidad del pensamiento a la realidad. El ser mide la verdad como la verdad mide el ser. Lo que es verdad es lo que es y lo que es, es verdad. Es decir, la Verdad se debe antes a la existencia y no a la esencia.

El sujeto presenta más allá de sí un orden de valor que domina, juzga y mide. Más allá del conjunto de todas las cosas yo puedo ponerme sobre ellas y por la libertad preguntarme como son posibles. Los hechos, los datos son dados a la ciencia para su realismo, pero no los son todo. Recuperamos el cuerpo como triple mediación: *ontológica*, es el hogar donde convergen el orden del universo material y el del espíritu; *epistemológica* porque para el sabio como para el empírico el saber mas revelador comienza por la humilde experiencia sensible; y mediación *hermenéutica* en tanto que el cuerpo-signo juega el rol de intercambiador en la circulación de sentido.

El quinto circuito, más breve va del hombre al hombre. Exaltación precisa y preciosa del *diálogo*, donde los intercambios de significación son más intensos. Ahí donde la reciprocidad de presencias, activa la reciprocidad de conciencias encarnadas.

El Acuerdo, el desacuerdo y la verdad no pueden darse en solitud. Sólo la búsqueda desinteresada garantiza la fecundidad del intercambio, sólo un diálogo inquieto de verdad es un verdadero diálogo. Todo debate auténtico evoca una trascendencia, un compañero invisible, inaudible, impalpable. El apoyo es la dependencia común y reconocida de interlocutores, el aporte de cada uno completa aquel del otro y todos pueden elevarse a una cima más pura y comprensiva. Es el respeto común de la verdad que no está ni en ti ni en mi.

Un eslabón más y llegamos al Amor, emergiendo más alto que el acuerdo, que une las inteligencias en el juicio pero en el que no se arriesga todo el hombre. El dúo amical une al otro con la afectividad, la voluntad de servir. El dúo amoroso va mas lejos, tiende al don total de cuerpo y alma para el presente y para el futuro: es el amor verdadero más dispuesto a dar que a tomar. Y cada uno encuentra en el amor recíproco su promoción más decisiva: re-creación, revelación, sentido existencial...

Y partiendo del diálogo, el autor ofrece varias aproximaciones de lo que es la cultura y de la posibilidad real de un diálogo entre culturas, que le resulta evidente después de la *Declaración Universal de Derechos Humanos*. Como cada hombre, una cul-

tura lleva la forma entera de la condición humana y actualiza las virtualidades de la naturaleza. Si cada hombre profundiza su propia cultura hasta las raíces de lo humano puede descubrir en otras ramas variaciones apasionantes, ampliar el horizonte. Cada cultura responde a las cuestiones fundamentales, tiene su metafísica, por la cultura el hombre sobrepasa al hombre.

Sexto circuito: del hombre a lo trascendente. Partiendo de que los valores empíricos: los de la inteligencia, los económicos, los placeres, honores, poderes, el renombre... quedan en la periferia del hombre, se plantea la tentación del absurdo, la angustia existencial, grito sordo de la intimidad la mas secreta, el *yo soy*, el más puro, que está sellado de una precariedad innata. La respuesta no viene de un subjetivismo de valores que condenaría por la multiplicidad a cada hombre a quedarse «en sí mismo». Se impone la experiencia de una «llamada del más allá». No hay hombre en el mundo y en la historia que no pruebe un día la llamada del Bien moral, de la justicia, del Amor, del Derecho. Pero atención, hablar de experiencia no quita el carácter normativo del valor. La intimidad de la experiencia no merma la trascendencia de su contenido. La llamada es de una trascendencia, de un absoluto de derecho, de un universal transpersonal. Sólo un valor supremo absoluto puede fundar el absoluto de la obligación. Eso que sólo la llamada del valor puede ofrecer a mi libertad es una proposición de sentido existencial. Le toca al hombre apreciar en su fuero íntimo, este valor inapreciable del que el no se puede servir, pero al que el debe servir. La acogida de esa llamada que me obliga ha despegarme de falsas rutas, fortifica mi libertad. Es el paso por la conversión, que proyecta a la *búsqueda del tiempo perdido*. El hombre es ese animal extranjero que la trascendencia no deja de atormentar para ayudarlo a realizarse Hombre.

Es gracias a que el valor moral es antes que la libertad que puede surgir y crecer delante de él. Y aquí se afirma que más allá del relativismo, más allá del análisis, más en el texto que en las palabras, en el cuerpo que en los órganos esta lo importante: el *sentido*.

El valor ideal que refiere un sentido es absoluto, no se refiere mas que a sí mismo, no exige ninguna justificación. Es universal y objetivo, ya que sólo los valores objetivos pueden ser universales, trascendentes a toda diferenciación individual, social, racial, cultural, geográfica, histórica. Una existencia dada al valor ideal vale la pena de vivirla

La espiral continua adentrándose de nuevo en la crisis de sentido, la cuestión de la muerte. Yo puedo pensar el mundo sin mí, pero mi propia sustracción de la existencia es una operación que yo realizo sin poder efectuarla nunca. Yo siempre estoy presente a mí mismo. No puedo pensar *la* muerte, pero sí puedo pensar *en* la muerte al interior de mi inmortalidad.

¿Hay una posibilidad de ir más allá? Una cima en mí que conoce y reconoce la muerte, es el alma, el espíritu, el yo espiritual en su relación al absoluto. El hombre interpreta su muerte por adelantado y a su vez la muerte interpreta la vida. La muerte tiene virtud hermenéutica y epifánica.

Últimas cuestiones: ¿Hay un fundamento último de sentido? Respuesta: El absurdo o Dios. Puesto que Dios no es dato empírico, es necesario pasar del orden científico al metafísico, del ser fenoménico, al *ser como tal* bajo el doble aspecto de esencia y existencia.

¿Puede la ciencia controlar la reflexión metafísica? La respuesta la da la articulación precisa de las complementarias explicaciones del hecho de la Creación. Cada

uno es necesario en su orden, los dos se completan para responder a las exigencias del espíritu

¿El orden inteligible requiere un fundamento absoluto? Sí.

La verdad suprema, ¿es Alguien? El pensamiento cuelga del absoluto, lo invoca secretamente, lo vive, lo afirma afirmándose ella misma. ¿El hombre seguiría siéndolo si nada más fuera sagrado? Lo sagrado comporta una esencia misteriosa que se escapa al control humano. El hombre encuentra su ser más auténtico al trascenderse a sí mismo por acceder a lo trascendente.

Actualmente las sociedades desacralizadas se ahogan, a pesar de la abundancia de medios materiales, en un desesparar de sí mismas, en una sombra, en el nihilismo de sentido... y se recurre al sagrado de sustitución: fútbol, pantalla, etc.

Concluirá que la relación hombre-Dios no se trata de *o el hombre o Dios* y tampoco de *ni el hombre ni Dios*. Si Dios es reconocido fundamento último de valores y del sentido, deviene posible, en razón de afirmar la consistencia del hombre, de sus deberes y derechos... entonces decimos *hombre y Dios*.

Y todavía nos regala una «obertura» auténticamente de filósofo: ¿hay un lugar de preguntarse en filosofía sobre una eventual salvación del sentido y del hombre? La búsqueda normalmente religiosa ¿puede situarse en una búsqueda filosófica rigurosa?

... Y también un «apéndice»: ¿debe el psicoanálisis abrirse al Absoluto?

Tenemos, por tanto, un texto denso, pero no por ello inaccesible dado que el mismo autor hace una elección explícita de claridad, de huir de la oscuridad que muchas veces acompaña la metafísica. Rico y procesual en la exposición, el proyecto del autor de poner en manos del lector (no necesariamente filósofo) una reflexión capaz de ser incorporada a la propia es logrado gracias al desarrollo preciso de cada circuito hermenéutico. Con E. Baurboutin podemos, esta vez afirmar y no preguntar, que las jornadas y los días están cargados de metafísica y el espíritu filosófico no es otra cosa que afinar el buen sentido. Aquel que siendo consciente de su *presencia encarnada* busque dar razones del sentido que le habita, sentido que al menos barrunta el Absoluto, puede encontrar en el libro de E. Barboutin un camino de reflexión que sólo exige la capacidad de hacer y hacerse preguntas.—INÉS OLEAGA, aci.

HISTORIA DE LA IGLESIA

VICENT COMES IGLESIA, *En el filo de la navaja. Biografía política de Luis Lucia Lucia (1888-1943)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, 494 pp. ISBN: 84-7030-501-8.

Uno de los políticos pertenecientes al mundo católico que protagonizaron un papel de mayor relevancia tanto durante la II República como durante la Guerra Civil fue Luis Lucia. Consciente de este hecho, el historiador Vicent Comes quiso acometer una dura tarea investigadora que le llevó a la finalización de la tesis doctoral que